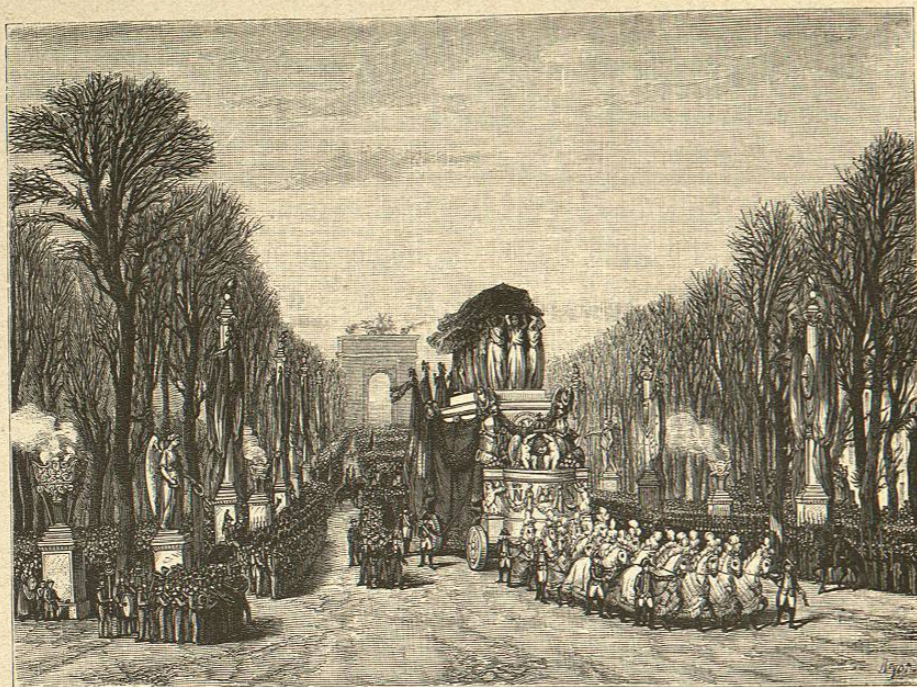


Sobre el pedestal se levantaban catorce cariátides de tamaño algo mayor que el natural, doradas, seis á cada lado y una delante y otra detrás, las cuales sostenían con las cabezas y las manos un colosal escudo, ovalado, todo dorado, sobre el cual figuraba un grande haz de varas de justicia.

El sarcófago, de forma antigua, estaba colocado encima del escudo. Sobre la tapa del féretro se había puesto un grande almohadón



La carroza fúnebre del Emperador al cruzar los Campos Elíseos (15 de Diciembre de 1840).  
(Copia de un dibujo de la época.)

con el cetro, la mano de justicia y la corona imperial, de piedras preciosas. El monumento tenía en conjunto catorce metros de elevación.

A las diez de la mañana los cañones emplazados en la explanada de Neuilly dieron la señal de partida y la fúnebre comitiva se puso en marcha por la carretera.

Nada más imponente ni aparatoso que el cortejo oficial, en el cual figuraban todas las autoridades civiles y militares, todas las corporaciones más importantes, todas las representaciones de valor, con una pompa y riqueza jamás vistas; pero aun con ser tan grandioso el espectáculo, quedaba relegado á segundo término ante la inmensa con-

currencia popular, que hacía muy difícil el tránsito. Y aquel gentío no permanecía silencioso, sino que, como si se hubiese transfundido en los ánimos el espíritu de los tiempos de la inmortal epopeya, todo eran aclamaciones, frenéticos vivas, frases de acalorado patriotismo. Lloraban muchos veteranos al ver pasar las cenizas del *Petit Caporal*; cantaban otros las viejas canciones de guerra; otros referían episodios, recordaban gloriosos hechos, y todos iban, como magnetizados, en pos del que fué Napoleón el Grande, como si hubiera de surgir de su féretro y ponerse á su frente para conducirles de nuevo á la victoria y desquitarse de Waterloo. Era un rumor inmenso, rumor guerrero; la horda colosal, de cada vez creciente, avanzaba sobre París, insensible á la temperatura horrible que reinaba, diez grados bajo cero. Había acudido á las orillas del río y á París todo el vecindario de las ciudades, villas y aldeas de cincuenta leguas á la redonda. Muchos habían pasado la noche al raso en los Campos Elíseos, el muelle de Orsay y las avenidas que conducían á los Inválidos.

Entró, por fin, el cortejo en París, con la inmensa escolta popular que se le había agregado por el camino, y llegó al paroxismo el entusiasmo.

Los quinientos marineros de *La Belle Poule*, con el hacha de abordaje al hombro, formaban la guardia de honor. Presidia el príncipe de Joinville, y rodeaban el féretro Rohan-Chabot y los compañeros de cautiverio de Napoleón que habían vuelto ahora á Santa Elena: los veteranos generales Bertrand y Gourgaud, el conde Las Cases y Marchand. Galopaban junto al féretro el viejo Sout, duque de Dalmacia, presidente del Consejo, en lugar de Thiers, que había dimitido en Octubre anterior, y gran número de mariscales y generales, encañados en las campañas. Iba la carroza tirada por veinte caballos ricamente empenachados y engualdrapados, á cuatro de fondo, conducidos por multitud de palafreneros de gran uniforme.

Pasó el féretro bajo el Arco de Triunfo, y entró en los Campos Elíseos, formadas las tropas á cada lado en compacto cordón. A todo lo largo de la amplia avenida habíanse levantado elevadísimas columnas coronadas por águilas y adornadas con escudos y banderas, y entre una y otra columna grandes estatuas alegóricas, flanqueadas de aras crematorias, ofreciendo una decoración verdaderamente majestuosa.



Era inmenso el gentío; presentaban armas las tropas, resonaban clarines, tambores y cornetas; rasgaban los aires las músicas militares, pero dominando toda aquella confusión de toques y redobles rugía la muchedumbre con el formidable estruendo del mar alborotado. Era un pueblo delirante, ebrio de patriotismo. Eran en gran número los hombres curtidos en las batallas, empedernidos en las luchas de la vida, que rompían en sollozos; otros, inconscientes, lanzaban alaridos; otros pretendían romper el cordón y acercarse al féretro, como para penetrar con la mirada á través de las colgaduras y los mantos y contemplar los restos del héroe de las Pirámides, Austerlitz y Wagram.

No pocos testigos afirmaron después que jamás se había presenciado espectáculo comparable cuando Napoleón hacía su entrada en París, victorioso de una campaña.

El cortejo fué siguiendo lentamente hacia los Inválidos, y al llegar al río, fué transbordado el féretro á una falúa admirablemente decorada con un templete, en la cual ardían innumerables lampadarios, y seguida de incontables lanchas, llenas de gente que prorrumpía en frenéticas aclamaciones.

Habíase levantado en la entrada de la inmensa explanada un suntuoso pabellón y allí bajaron los marineros el féretro y lo condujeron en hombros, depositándolo bajo aquél.

Allí se hallaba el arzobispo de París, con sus obispos sufragáneos y todas las dignidades de la Catedral, para rezar un responso, y terminado el acto, cargaron sobre sus hombros el féretro algunos veteranos y entró en la iglesia, al son de las salvas de artillería, del griterío ensordecedor de la muchedumbre reunida en la explanada y de una grandiosa marcha, fúnebre y triunfal á la vez.

Presentó armas la guardia nacional; el príncipe de Joinville, que no necesitaba del prestigio de su estirpe para ser reconocido como uno de los más ilustres marinos de Francia, adelantóse, con la espada en alto, al frente de la comitiva. Los inválidos, que formaban cordón dentro de la iglesia, no pudieron resistir á la emoción y, en vez de presentar armas, las rindieron, arrodillándose, mientras muchos pugnaban por reprimir sus lágrimas.

El rey Luis Felipe, rodeado de sus hijos, los duques de Nemours, de Aumale y de Chartres, bajó del trono que se había levantado bajo

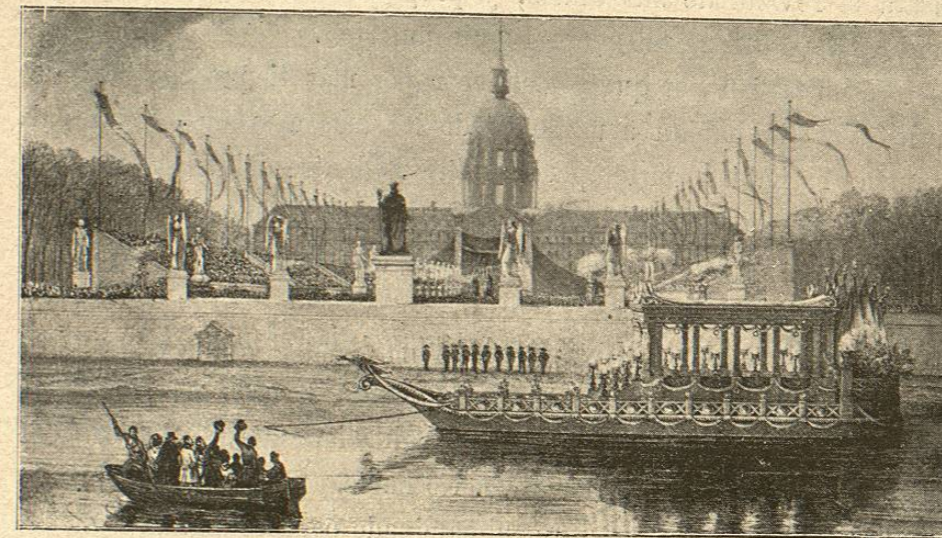
la cúpula del templo y adelantándose hasta la entrada de la nave donde había sido colocado el féretro, se inclinó.

— Señor, — exclamó el príncipe de Joinville, bajando la espada hasta el suelo, — aquí os traigo el cuerpo del emperador Napoleón.

El rey, con voz clara y entera, respondió:

— Lo recibo en nombre de Francia.

A estas palabras siguió un prolongado murmullo de adhesión, y



La falúa imperial que conduce por el Sena los restos de Napoleón, llega ante la explanada de los Inválidos. (Reproducción de una estampa de la época.)

los veteranos que habían conducido el féretro en hombros, lo colocaron en el suntuoso catafalco levantado debajo de la cúpula.

Comenzó en seguida la celebración de una misa de *Requiem*, que dijo el arzobispo de París, asistido de sus sufragáneos, colocándose junto al catafalco el mariscal duque de Reggio, gran canciller de la Legión de honor; el mariscal Molitor, el almirante Roussin y el general Bertrand.

La ceremonia, que revistió los más solemnes caracteres, terminó á las cinco de la tarde, á cuya hora salió de los Inválidos el rey de los franceses con toda su brillante comitiva.

Ya no había más que hacer; habíase realizado la traslación de los restos de Napoleón I desde su destierro, en la lejanísima isla de Santa Elena, verdadera roca perdida en medio del Océano, fuera de